

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

---

LAS MARAVILLAS  
DEL  
NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTÍFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,  
los Andes, Chile, el Océano Pacífico,  
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,  
el Paraguay y el Gran Chaco.—Cacerías y pescas  
interesantes, carácter y costumbres  
de los indígenas, etc., etc.

RELATADAS POR  
ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

---

De 2.<sup>a</sup> á 8.<sup>a</sup>

---

MADRID:

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,  
Colegiata, núm. 6.

—  
1875.

L47  
4172



ALBERCA DE LA LITERATURA Y LAS ARTES

LAS MARAVILLAS

DEL

NUEVO MUNDO

RELATADAS EN UNA EXPOSICION

por el Sr. D. Esteban Hernandez y Fernandez, autor de la obra titulada "Viaje a las Indias Occidentales" y de otras muchas obras de historia natural y geografía. En la cual se describe y explica con exactitud y claridad los objetos que se ven en las exposiciones de las Indias Occidentales.

RELATADA POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

De 2.<sup>a</sup> 4. 83

IMPRESA

DE LA LITERATURA Y LAS ARTES



647-4172

BIBLIOTECA LITÉRARIA, HISTÓRICA Y ARTÍSTICA

LAS MARAVILLAS

NUEVO MUNDO

EXPOSICIÓN DE LOS SUCCESOS HISTÓRICOS

por el Atlántico, las Puercas Argentinas,  
las Indias, Chile, el Océano Pacífico,  
las Indias Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,

LAS MARAVILLAS DEL NUEVO MUNDO

REVISADO POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

*Alvarado y Esteban*

LAS MARAVILLAS DEL NUEVO MUNDO

Almuerzo de la tarde



GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

---

LAS MARAVILLAS  
DEL  
NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTÍFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,  
los Andes, Chile, el Océano Pacífico,  
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,  
el Paraguay y el Gran Chaco.  
Cacerías y pescas interesantes,  
carácter y costumbres de los indígenas, etc., etc.

RELATADAS POR

ESTÉBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

---

TOMO I.

---

MADRID.

ADMINISTRACION DE LA GALERÍA LITERARIA,  
Colegiata, núm. 6.

1875.



GALERIA LITERRARIA.—MURCIA Y MADRID EDITORES.

LAS MARAVILLAS

DEL

NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPOSICION CIENTIFICA

por el Abate Don Juan de Dios, las Pampas Argentinas, Chile, el Oceano Pacifico, Tierra del Fuego, la Patagonia, y el Gran Chaco. pescas interesantes, de los indigenas, etc., etc.

Esta obra es propiedad de los Editores, y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

REVISADAS POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

*Esteban Hernandez y Fernandez*

TOMO I.

MADRID

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERRARIA, Colegial, núm. 8

MADRID, 1875.—Imp. de M. Minuesa, Juanelo, 19.



# LAS MARAVILLAS DEL NUEVO MUNDO



EFEECTO DE ESPEJISMO EN LAS PAMPAS ARGENTINAS.



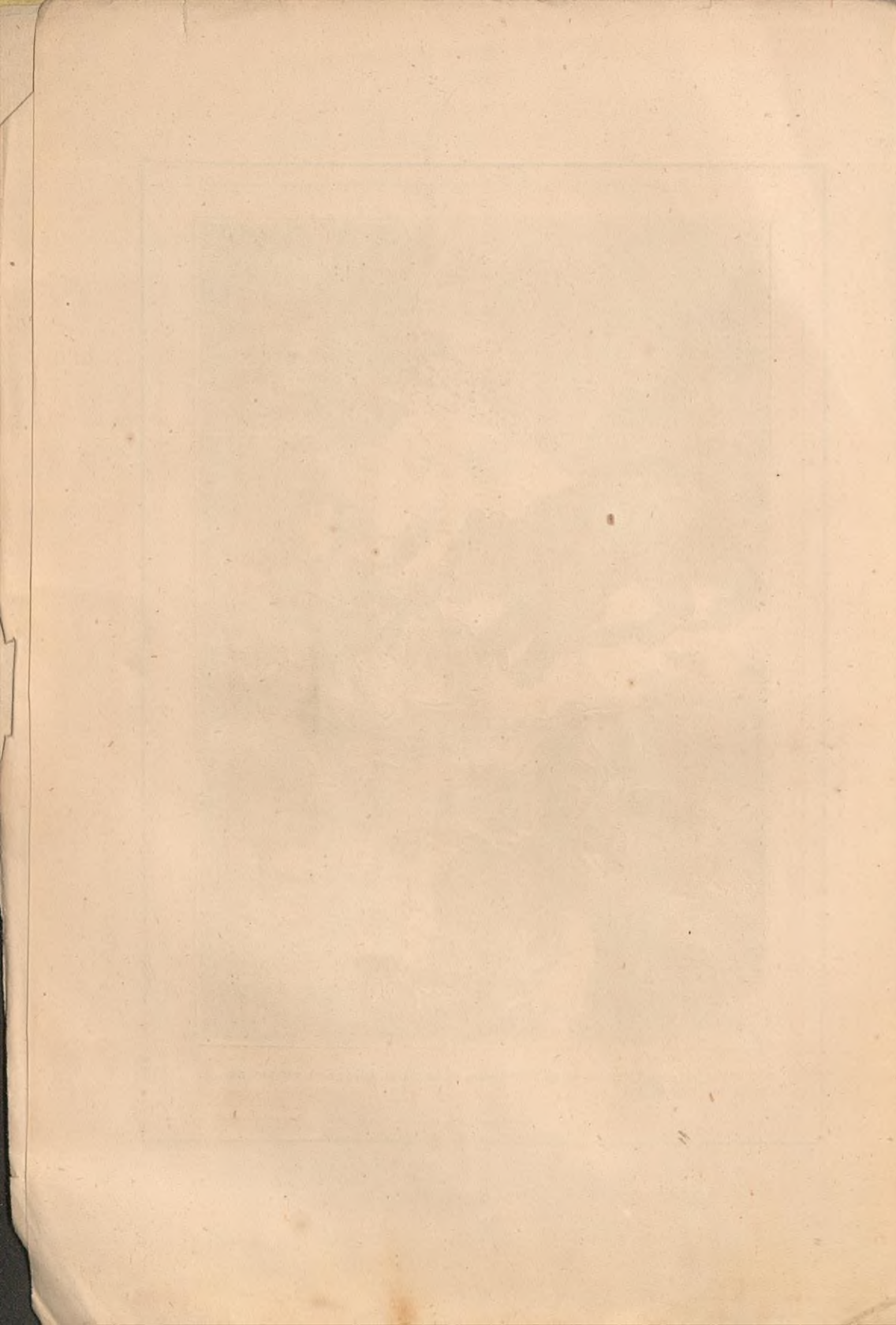






«Y si los cazadores no se apresuraban, no tardaría Aurora en ser víctima de la terrible fiera.»







**LIBRO PRIMERO.****LAS PAMPAS ARGENTINAS.****CAPÍTULO I.****Un drama en el desierto.**

Tocaba á su fin una hermosa noche del mes de Octubre de 1868. La ténue luz de la aurora, apareciendo en el horizonte oriental, anunciaba la próxima salida del sol, y entre las espesas arboledas que cubren las orillas del río Colorado, uno de los más importantes de las comarcas argentinas, comenzaban á oirse los melodiosos trinos de los hilgueros y las alondrillas, que entonaban alegremente el himno de la mañana.

En la inmensa llanura que se extiende á la derecha del río veíanse solamente algunos rebaños de vacas y carneros, que pacían la fresca yerba de la pradera; pero no se distinguía cerca de ellos ningún sér humano, y sólo algunos vigilantes perros guardaban el ganado, impidiendo que se acercasen á él los jaguares ó los hambrientos lobos de las Pampas. No era de creer, sin embar-



# LAS MARAVILLAS DEL NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTÍFICA

POR EL ATLÁNTICO, LAS PAMPAS ARGENTINAS, LOS ANDES, CHILE, EL OCÉANO PACÍFICO,  
LAS TIERRAS AUSTRALES, LA TIERRA DEL FUEGO, LA PATAGONIA,  
EL PARAGUAY Y EL GRAN CHACO;  
CACERÍAS Y PESCAS INTERESANTES, CARÁCTER Y COSTUMBRES DE LOS INDÍGENAS,  
ETC., ETC.,

RELATADAS POR

ESTÉBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

---

## PROSPECTO.

---

El espíritu civilizador y esencialmente práctico de nuestro siglo, produciendo una verdadera revolucion en el campo literario, ha puesto en boga los libros que, por su índole especial y bajo una forma amena y recreativa, encierran en sus páginas verdaderas enseñanzas morales ó científicas; las obras de mero entretenimiento han sido, pues, relegadas á un lugar secundario, y el público busca con afan aquellas en que la enseñanza se une al deleite, en que el estudio se alía á la distraccion, y que, al par que distraen agradablemente sus ócios, le proporcionan conocimientos especiales que de otra manera no podria adquirir sin largos años de estudio.

La obra que hoy presentamos al juicio de nuestros favorecedores llena completamente, sin duda alguna, este doble objeto. Su autor, distinguido literato á la par que reputado geógrafo y eminente naturalista, dá á conocer en ella las pintorescas comarcas sud-americanas, estudiando su vegetacion, su vida animal, el carácter y las costumbres de las diversas tribus indígenas que las pueblan, y presentando á la vez fenómenos y maravillas naturales tan sorprendentes como poco conocidas. Doce años de continuos viajes por América, dándole un perfecto conocimiento de aquellos países, le permiten describirlas con tanta belleza como exactitud y son para el lector segura garantía de que, bastando al autor los fenómenos de la naturaleza ya explicados y los recursos de la ciencia conocidos para dar inmenso interés á su obra, no encontrará en ella observacion alguna que pueda hacerles incurrir en error.



Inútil es advertir que un libro de este género no puede ser en manera alguna perjudicial. Por el contrario, su lectura es muy conveniente para toda clase de personas, pues sin fatigar su inteligencia y de una manera insensible, por decirlo así, les dará apreciables noticias de las bellezas y extrañas costumbres que se observan en aquellos lejanos países.

El público puede formar idea del especial y grandísimo interés de esta obra con solo leer los epígrafes de algunos capítulos, que con este objeto insertamos á continuación:

MARAVILLAS MARÍTIMAS.  
LAS LLANURAS ARGENTINAS.  
EL OSO DE LOS ANDES.  
LOS INDIOS DE LAS PAMPAS.

LAS TIERRAS ANTÁRTICAS.  
LOS VOLCANES SUBMARINOS.  
LOS PATAGONES.  
LOS JIGANTES DEL MAR.

La edicion será tan esmerada como todas las de esta casa, y las láminas, hechas en vista de croquis y apuntes tomados del natural, están ejecutadas por los primeros artistas de la corte.

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

La obra formará dos tomos de regulares dimensiones y se publicará por entregas de ocho grandes páginas en 4.º mayor.

### PRECIO:

UN CUARTILLO DE REAL CADA ENTREGA.

Se repartirán ocho entregas semanalmente, con la puntualidad que acostumbramos, las cuales pagará el suscriptor al tiempo de recibirlas.

### LÁMINAS.

Ilustrarán la obra muchas y preciosas láminas, ejecutadas, como dejamos dicho, en vista de croquis y apuntes tomados del natural.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la Administracion de la Galería Literaria, calle de la Colegiata, núm. 6, adonde se dirigirá toda la correspondencia.

En Provincias admiten suscripcion todos los correspondales de esta empresa.

Ponce, Sres. Calvet y Compañía, Atocha, 3.

Puerto Rico, Sres. Furnaguera y Nolla, Fortaleza, 48.

Habana, Sres. Valls y Artiaga, Villegas, 129.

Méjico, Sres. Ballezá y Roig, calle del Amor de Dios, núm. 4.

En las poblaciones que no tenga esta empresa representante especial, quedan autorizados para admitir suscripciones los señores correspondales de otras casas, administradores de loterías, de correos y los carteros.

Los señores suscritores de provincias que quieran recibir la obra directamente, remitirán adelantado en sellos de franqueo ó libranzas el importe de 48 entregas, ó sean 12 rs., sin cuyo requisito no se servirá el pedido; cuando hayan recibido las 48 pagadas, cuidarán de renovar el adelanto, á fin de que no se interrumpa la remision.



go, que aquellos rebaños estuviesen abandonados; y, en efecto, el que hubiera avanzado dos ó tres millas hácia el Sudoeste no habria tardado en encontrar un miserable rancho de indios pastores, habitado por dos individuos en cuyos semblantes se notaban los rasgos distintivos de la familia pehuenche.

Desvaneciéronse por completo las sombras de la noche: la brillante luz del sol, sucediendo á la ténue claridad crepuscular, inundó la tierra de resplandores, y en aquel momento, rompiendo el solemne silencio que reinaba en la pradera, resonó á lo lejos el rápido galope de un caballo.

Poco despues, en un recodo del sendero abierto en la márgen derecha del rio, apareció súbitamente un ginete vestido de una manera extraña y pintoresca.

Llevaba en la cabeza un gran sombrero de hoja de palma, cuya anchísima ala, un poco levantada por delante, permitia examinar un rostro de facciones correctas, de expresion dura y atrevida y vigorosamente sombreado por una gran barba negra. Aquel hombre era jóven, alto, esbelto, de movimientos impetuosos, y á la primera ojeada se comprendia que ni los peligros podian arredrarle ni las fatigas podian rendirle. Vestia el traje de los *gauchos* argentinos, compuesto del ancho sombrero que hemos descrito, un poncho de lana, por cuya abertura se veia una chaqueta de terciopelo negro con botonadura de metal dorado, una faja de seda á la cintura, sujetando el cuchillo, unos calzones de campana abiertos en el extremo inferior, el *chiripa* recogido entre los muslos para montar sin embarazo, y unos anchos zapatos, en



los cuales iban sujetas unas gigantescas espuelas de hierro.

Los arneses del caballo eran tan pintorescos como el traje del jinete: se componían de un freno de hierro con la cabezada llena de adornos de metal y una larga brida de cuero trenzado; una silla de altos arzones, cubierta con una piel de carnero sujeta por medio de una cincha primorosamente bordada, y unos estribos de bronce, parecidos por su forma á los que usan los árabes. En el arzon delantero se veían sujetas á una argolla las terribles armas usadas en la llanura argentina: el lazo y las bolas.

Aquel hombre era, pues, un *gaucho*, uno de esos seres especiales de la América del Sur que viven casi siempre en el desierto, cazando jaguares, domando potros, sin otra ley que su capricho, libres como el aire que respiran, cuyo valor llega á veces hasta la ferocidad y que pueden considerarse como el término medio entre el hombre salvaje de los bosques y el civilizado habitante de las ciudades.

El gaucho no iba solo: sobre el arzon de su montura, sujetándola vigorosamente con su brazo derecho, llevaba una mujer, ó por mejor decir, una niña, en cuyo rostro fijaba de vez en cuando una mirada ardiente.

— ¡Al fin vas á ser mia! — murmuraba roncamente; — ¡al fin, despues de cuatro años de tormentos y de rabia, voy á ser feliz!

— Aquella jóven llegaría apenas á los diez y seis años y era hermosa como un sueño de amor; pero sus mejillas estaban pálidas como el mármol, sus lábios estaban des-



coloridos, tenia los ojos cerrados y bastaba mirarla para comprender que iba desmayada.

Vestia una ancha y flotante bata de seda de color gris muy claro y de corte elegantísimo, que, levantándose á veces un tanto por efecto de la violenta agitacion de la carrera, permitia ver el encaje de una rica enagua y unos preciosos pies calzados solamente con unas finísimas medias de seda. Estas ropas, así como la forma elegante, pero sencilla, de su peinado, el leve y delicado perfume que emanaba de sus negros cabellos, y sobre todo, la finura y la suavidad de su tez, daban á conocer en ella á una mujer, ó por mejor decir, á una señorita de alta posicion, acostumbrada, por consiguiente, á las comodidades y los goces de la opulencia.

Al llegar á un sitio en que el rio formaba un violento recodo, el gaucho cambió bruscamente de direccion, alejándose de la orilla, y sin disminuir la rapidez de su marcha, lanzó su caballo á través de la llanura.

En aquel instante la jóven lanzó un leve suspiro, hizo un movimiento y al fin abrió los ojos, dirigiendo en torno suyo una mirada vaga.

El gaucho la sintió estremecerse de una manera poderosa y la miró profundamente.

El semblante de la jóven revelaba una desesperacion infinita: un ronco sollozo brotó de su garganta y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

—No lloreis, señorita Cármen; no lloreis, que me partís el alma,—exclamó con sentido acento el gaucho;—nadie os quiere como yo: por vos soy capaz de todo, y á mi lado estareis como una reina.



Cármén guardó silencio, no queriendo contestar á las amantes palabras del gaucho, y solo abrió los lábios, despues de media hora de importunas instancias, para decir con acento solemne:

—¡Que tu madre te maldiga desde su tumba, Pedrillo, si pagas mis beneficios con una infamia mayor aún que la que has cometido!

El gaucho se mordió los lábios hasta hacer saltar la sangre y guardó silencio á su vez.

Cármén seguia llorando; pero no hacia esfuerzo alguno para escapar de las manos de su opresor: la pobre jóven comprendia su situacion, conocia su impotencia, y como no veia en aquel desierto un solo sér viviente á quien pedir socorro, solo esperaba el de Dios.

Media hora despues el gaucho, viendo que su caballo, agobiado por una doble carga, comenzaba á dar señales de cansancio, se detuvo, echó pié á tierra y bajó á Cármén de la silla.

El animal se puso en seguida á despuntar los retoños de los arbustos; pero su amo ni siquiera le quitó el bocado ni le aflojó la cincha, temiendo, sin duda, perder un solo minuto si se veia en la precision de huir.

A poca distancia pastaba un numeroso rebaño de carneros: Pedrillo tendió su mirada por la pradera, tal vez buscando un pastor, y no viéndole, cogió su lazo, lo arrojó diestramente á uno de los carneros, se apoderó del animal y lo degolló. Quitóle en seguida la piel, lo descuartizó, encendió lumbre con un pedazo de yesca y ramas secas, y puso á asar una de las piernas del carnero, guardando el resto



en las alforjas que llevaba á la grupa de su caballo.

Cuando el asado estuvo á punto el gaucho lo retiró del fuego, sacó de las alforjas una calabaza con chichí (1) y dijo á Carmen:

—Almorzad, si gustais, señorita.

Carmen hizo un gesto de desden y volvió la cabeza á otro lado.

Los ojos del gaucho lanzaron un relámpago de furor; pero contuvo su cólera, y tomando la carne se puso á almorzar tranquilamente: luego llevó á sus labios la calabaza, bebió un buen trago, volvió á guardarla en sus alforjas, llenó de tabaco su pipa de piedra, la encendió y dijo á Carmen:

—Vamos, señorita, á caballo.

Carmen permaneció inmóvil, fijando una mirada ansiosa en dos hombres que habian aparecido á cierta distancia y avanzaban por entre los ganados, acercándose silenciosamente. Eran indios pastores, de la tribu de los pehuenches; sin duda los dueños del carnero que acababa de degollar Pedrillo.

Resuelta á todo y comprendiendo que corría menos peligro en poder de aquellos hombres que entre las manos del gaucho, Carmen se levantó súbitamente y dió á correr hácia ellos, tendiéndoles los brazos con ademán suplicante y gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El gaucho lanzó una mirada detrás de sí y vió que los indios se acercaban; afortunadamente para él, estaban á

(1) Aguardiente de maíz.



pié. Rápido como el rayo se lanzó á Carmen, que, con los pies casi desnudos, apenas podía correr, la sujetó,—la colocó sobre la silla, montó á su vez, y el caballo, sintiendo sus flancos desgarrados por las punzantes espuelas, salió á escape.

—¡Socorro!—volvió á gritar la jóven con acento desesperado.

—¡Silencio, señorita, silencio!—exclamó ferozmente el gaucho;—¡estoy resuelto á todo, y antes que perderos os mataré!

Era tan siniestro el acento del gaucho que Carmen tuvo miedo y se consideró perdida; sus labios se cerraron y rompió á llorar.

En tanto, los dos indios habian cambiado entre sí algunas palabras.

—Es un rastreador que há robado á esa señora,—dijo uno.

—¡Robado!—dijo el otro con extrañeza.

—Sí; ayer pasó por la orilla del rio una caravana de dos galeras y algunos ginetes, guiada por Meli-Antú y un indio tehúelt. Me dieron aguardiente por un queso y me dijeron que iban á la toldería. Esa señora y otra parecida á ella estaban en una de las galeras. Por la tarde pasaron por el mismo punto cuatro rastreadores...

—Habrán robado á esa señora durante la noche, repuso el indio.

—De seguro.

—¿Y los guiaba Meli-Antú?

—Sí.



—Meli-Antú es nuestro hermano,—dijo gravemente el indio,—y ese rastreador es su enemigo; quitémosle su prisionera y la llevaremos á la toldería.

Su compañero hizo un ademán de asentimiento, y un instante despues los dos indios, ginetes en sus ligeros caballos, que habian ido á buscar á un rancho cercano, se lanzaban en pos del gaucho.

Pronto acertaron la distancia que de él los separaba, y Pedrillo pudo oír el prolongado redoble producido por el galope de sus caballos.

El gaucho volvió la cabeza, vió á los indios á doscientos pasos de él y lanzó una maldicion: Carmen los vió tambien y abrió su corazon á la esperanza; pero en aquel momento se acordó de la terrible amenaza del gaucho, y obedeciendo á una idea repentina cogió, sin que éste se apercibiese de ello, la empuñadora de su cuchillo, lo sacó de la vaina y lo dejó caer al suelo.

Pedrillo desgarraba con sus gigantescas espuelas los flancos de su caballo, que corria con la rapidez del viento; pero los indios, montando corceles descansados, se acercaban con la velocidad del huracan, y muy pronto la distancia que mediaba entre ellos quedó reducida á cien pasos.

Cármén comprendió que con aquellos indígenas se acercaba su salvacion, é intentando apoderarse de las riendas para detener el caballo, gritó con acento desesperado:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El gaucho iba á contestar, tal vez con una amenaza de muerte; pero en aquel instante uno de los indios hizo gi-



rar las terribles bolas sobre su cabeza, y con una destreza maravillosa las envió á enroscarse en las piernas del caballo de Pedrillo, que dió un tropezon y cayó de costado.

El gaucho y su prisionera, lanzados de la silla, cayeron sobre la yerba: ligera como una corza, Carmen se levantó y echó á correr; á su vez, el gaucho se levantó de un salto y se lanzó tras ella, sacando del bolsillo de su poncho una larga navaja.

—¡Deteneos, ó la mato!—gritó Pedrillo, tendiendo la mano para apoderarse de la jóven.

Cármén dió un grito, y viéndose perdida, se dejó caer de rodillas. El gaucho iba á lanzarse sobre ella, resuelto á cumplir su amenaza; pero el lazo de uno de los indios pasó por su cabeza, corriéndose sobre su cuello, y Pedrillo, detenido en su salto por aquel obstáculo, cayó de espaldas lanzando una maldiccion.

Con una rapidez maravillosa el indio volvió riendas, su corcel salió á escape y el gaucho fué arrastrado por la llanura retenido por el lazo del indígena.

Cuando éste se detuvo Pedrillo habia muerto: el lazo le habia estrangulado.

Los dos indígenas recogieron sus armas y se acercaron á la jóven, que aun no creia en su salvacion.

—¡Gracias, nobles indios!—les dijo llorando la jóven; —¡sin vosotros estaba perdida!... ¡Gracias otra vez!...

—No llores, jóven blanca,—contestó uno de los indios; —nada tienes que temer de nosotros. Ven á nuestro rancho, donde descansarás, y más tarde podrás reunirte á tus compañeros. ¿No iban á la toldería?

*Merced y el arte*



—Sí,—contestó Carmen;—y es seguro que me andarán buscando por la llanura.

—En ese caso,—dijo el indio,—habrán seguido la pista del gaucho y tendrán que pasar por aquí: no tardaremos en verlos. En tanto, nuestra cabaña te ofrece descanso y alimento.

—Vamos á vuestro rancho,—contestó la jóven.

Los indios cogieron el caballo de Pedrillo, en el cual cabalgó Carmen, montaron sobre los suyos, y volviendo sobre sus pasos, no tardaron en llegar á su cabaña, ante la cual se apearon.

El rancho era muy miserable: no habia en él más que una tosca vasija de barro, un hogar de piedras y una cama de pieles; pero la jóven estaba rendida de cansancio y no pensó en quejarse.

Mientras uno de los indios trababa los caballos, el otro cogió la vasija, salió del rancho y á los pocos momentos volvió con ella llena de excelente leche de vaca: tomó de una especie de zurrón un pedazo de carne seca y una torta de maíz, y lo puso todo delante de la jóven.

—Come, niña blanca,—dijo con voz dulce.

Carmen empezaba á sentir apetito: dió gracias al indígena con una mirada, y aunque los manjares no eran muy suculentos, los comió de buena gana.

Despues de beber la leche, que era riquísima, el indio comprendió que la jóven necesitaba reposo, é indicándola el lecho de pieles, dijo:

—Duerme, niña blanca, en tanto llegan tus compañeros.



Y dicho esto, el indígena salió de la cabaña. Carmen se tendió en el lecho de pieles, y vencida por la fatiga, no tardó en dormirse.

Media hora despues uno de los pastores vió acercarse á todo escape una partida de indios, reconociendo en ellos á muchos de sus compañeros: adivinó que buscaban á la jóven y les salió al encuentro.

—¿Buscais una jóven prisionera?—les preguntó.

—Sí,—contestó el que parecia mandar la partida;—¿la has visto?

El indio indicó su choza, y repuso:

—Está allí.

—¿Con el gaucho?

—El gaucho ha muerto.

En breves palabras refirió el pastor lo que habia ocurrido: los de la partida le escucharon en silencio, y cuando concluyó, dijo el jefe:

—Es necesario llevarla á la toldería.

—Más tarde,—contestó el pastor;—estaba muy cansada, se ha dormido y no debemos turbar su sueño.

El indio hizo una señal de aprobacion, y volviéndose á los que le acompañaban, dijo:

—Quedaos aquí y guardad á la señora; yo vuelvo á la toldería.

Dicho esto volvió las riendas y se alejó á todo correr.

Sus compañeros se dirigieron al rancho, echaron pié á tierra, y la mayor parte, sacando de sus zurronez algunos trozos de carne seca y tortas de maíz, se pusieron á comer.



Tres horas despues una numerosa cabalgata, á cuyo frente marchaban tres jóvenes vestidos con trajes de viaje, se detuvo ante la puerta de la cabaña.

Sepamos ahora por qué conjunto de circunstancias habia caido Cármen en poder del feroz gaucho.



## CAPÍTULO II.

### A orillas del lago Salinas.

Siete dias antes de aquel en que tuvieron lugar los sucesos que hemos referido, es decir, el 6 de Octubre, poco despues de las cinco de la tarde, una caravana compuesta de dos grandes carretas, entoldadas y de varios hombres á caballo, se detuvo cerca de la orilla de un lago situado entre el rio Guamini y el Colorado.

Aquel lago debe á la salobridad de sus aguas el nombre de lago Salinas; pero aunque desaguan en él algunos arroyos que provienen de las cercanas sierras de Ventosa y Tapalquén, su caudal de aguas es muy corto, y á no ser durante los meses de invierno, es decir, desde Marzo á Agosto (1), casi siempre se le encuentra seco. El agua del Salinas, muy cargada de cloruro de sódio, deposita al evaporarse toda la sal que contiene en suspension,

---

(1) Téngase presente que se trata del hemisferio austral, donde es invierno cuando en el nuestro es verano, y viceversa.



y á la llegada de la caravana el fondo aparecía cubierto de una blanca costra salina, brillante como un espejo.

Una de las carretas iba ocupada con varios fardos que contenian víveres, un barril, dos ó tres cajas, un gran cofre, cuatro odres para agua y una enorme sera de carbon. En su parte anterior se habia mentado un hornillo portátil, sobre el cual hervian dos cacerolas de hierro, y un cocinero negro estaba en pié á su lado, ocupado en sus faenas culinarias.

En torno de esta carreta se habian detenido cinco ginetes, cuatro de los cuales vestian toscos trajes de campo é iban armados con fusiles de piston; el quinto vestia la blusa de lana y la boina que usan generalmente los marineros de la costa de Cantabria, y llevaba á la espalda una magnífica carabina reвольver.

La otra carreta merece una descripción más detenida. Por medio de una cortina de cuero se la habia dividido en dos departamentos: en el anterior, convenientemente dispuesto con viejos tapices y algunos almohadones, iban cómodamente sentadas dos hermosas jóvenes; en el posterior, también tapizado de la mejor manera posible para que no entrase el aire, se habian colocado dos pequeños lechos de campaña, en medio de los cuales se veía, sobre una tablilla dispuesta á manera de mesa, un pequeño tocador.

A una de las jóvenes que iban en la carreta la conocemos ya: era Cármen. La otra, aunque no la cedía en hermosura, representaba algunos años más, y el extraordinario parecido que entre ellas existía revelaba que eran hermanas.



Al lado de esta carreta estaban tres ginetes vestidos con un traje mitad europeo, mitad argentino. Los tres eran jóvenes y de buena figura; pero dos de ellos tenían un tipo completamente español, en tanto que el tercero revelaba haber visto la primera luz bajo el nebuloso cielo de la Gran Bretaña. Sus armas consistían en buenas carabinas-revolvers y magníficos cuchillos de Toledo sujetos á la cintura.

Completaban la caravana otros dos ginetes que estaban á algunos pasos delante de la carreta. También á uno de ellos le conocemos ya, pues era Pedrillo; el otro era un indio de estatura gigantesca, vestido con un colete y una especie de capa de piel de guanaco, prendas que constituyen el traje de los patagones fronterizos, y cuyo rostro estaba pintado por mitad de blanco y rojo: montaba un magnífico caballo salvaje, que regia con gran habilidad, y sus armas se reducían á un ancho cuchillo, el lázo y las bolas.

Apenas se detuvo la carreta, las dos jóvenes se levantaron de los almohadones, disponiéndose á bajar á tierra.

Sus compañeros se habían apeado, y uno de ellos se acercó vivamente, tendiendo su mano á la hermana de Carmen, que se apoyó en él para bajar.

—¿Es este el lago Salinas, doctor?—preguntó apenas estuvo en tierra.

—Sí; mi querida Aurora,—respondió el joven;—Mingo ha elegido este lugar para que en él pasemos la noche, y por consiguiente, nuestra jornada ha concluido.

—Muy bien,—repuso la joven;—aprovecharemos las



últimas horas del día para visitar las orillas del lago.

—Que tienen, en verdad, bien poco que ver,—dijo con aire desdeñoso el otro jóven, en cuyo brazo se apoyaba Cármen.

Aurora sonrió y repuso:

—¡Ah, mi querido capitán! Ya sabemos que vos, á fuer de buen marino, solo en el mar encontrais bellezas; pero nosotros no somos tan exclusivistas, y creo que las orillas del Salinas, por pobres que sean, siempre tendrán algo digno de llamar nuestra atención.

El marino iba á contestar; pero Cármen le impuso silencio con un gestecillo lleno de encanto.

—Por de pronto,—dijo la jóven,—en el mar no hay unos pájaros tan bonitos como esos.

Y Cármen indicó unas aves de buen tamaño y largas zancas rosadas, que marchaban acompasadamente por la costra salina que alfombraba el lecho del lago.

—¿Son flamencos?—preguntó el marino.

—En efecto, mi buen Paco,—respondió el doctor;—es una de las más hermosas aves ribereñas, y espero que no ha de venir la noche sin que me haya apoderado de un ejemplar.

El flamenco es, en efecto, un ave bellísima. Tiene el plumaje blanco, con ligeros visos sonrosados, á excepcion de las alas, que son de un rojo brillante con las remeras negras; el pico está como doblado por la mitad, y es negro en la base y rojo en la punta; las patas son de color de rosa.

A los pocos momentos el inglés reparó en una especie



de islote que se elevaba en medio del lago; y dirigiéndose al doctor, dijo:

—Mirad, nidos de esas aves.

El doctor miró en la dirección que su compañero le indicaba, y vió una porción de construcciones de pie y medio de alto, en forma de cono truncado, agrupadas como las casas de una ciudad en miniatura.

—¿Son esos los nidos?—preguntó sorprendida Aurora.

—Sí, querida mía; y casi me atrevo á aseguraros que ninguno está desocupado, pues nos hallamos precisamente en la época en que empieza la incubacion.

—¿Vamos á verlos?—propuso Carmen.

—No,—respondió el doctor;—seria peligroso.

—¿Por qué?

—Porque la costra de sal puede no ser bastante fuerte para resistir el peso de una persona, y si se rompiese, nos hundiéramos en el lodazal que hay indudablemente debajo.

—¡Oh!—dijo el inglés;—pues yo quiero comer huevos de flamenco.

—¿Tratais acaso de ir á cogerlos, Sir Ricardo?—exclamó el doctor.

—Sí por cierto,—respondió el inglés.

Y sin esperar razones echó á andar por la sal, dirigiéndose á los nidos.

—Que os vais á hundir,—dijo el doctor.

Sir Ricardo no contestó y siguió andando.

—¡Oh! ¡oh!—dijo de pronto.

Un chasquido llegó á oídos de los jóvenes, que vieron



al inglés vacilar primero y hundirse despues hasta las rodillas.

—¡Oh! ¡oh!—continuaba exclamando, sin perder por aquel accidente su calma habitual.

Y hacia esfuerzos desesperados, sin poder arrancar sus largas piernas del pegajoso fango que las aprisionaba.

—Es necesario,—dijo el doctor,—echarle una cuerda; de otro modo, se va á hundir completamente.

En efecto, las piernas del pobre inglés desaparecian lentamente bajo la costra de sal, que le llegaba ya á medio muslo.

El indio vino en su socorro, y con una destreza especial le tiró su lazo, que pasó por la cabeza del inglés.

—Ponlo debajo de los brazos,—le gritó.

El inglés obedeció.

—Echate de espaldas,—dijo el indio.

Sir Ricardo, nó sin que le costase algun trabajo, dobló las rodillas, tendiéndose sobre la brillante costra de sal.

En seguida Mingo, que así se llamaba el patagon, asió con mano firme la cuerda, la rodeó á su muñeca, y tirando con un vigor maravilloso, consiguió arrancar al inglés de la sucia prision en que se hallaba.

Los cuatro jóvenes no pudieron menos de reirse al contemplar la ridícula facha del inglés, cazado por el mismo procedimiento que un potro salvaje y arrastrado cuan largo era por el lazo del patagon.

Al fin llegó á la orilla, Sir Ricardo se puso de pié, y Mingo le desembarazó del nudo corredizo á que debía su salvacion.



Los calzones de ante y las soletas de Sir Ricardo habian desaparecido bajo unas magnificas calzas de barro arcilloso que le incomodaban bastante. Tuvo, pues, que sacar unos calzones de su maleta, y en tanto que las jóvenes visitaban otra parte del lago, cambió su inutilizado traje por otro más conveniente.

El doctor pudo satisfacer sus deseos de poseer un flamenco, matando diestramente uno de estos interesantes animales, cuya piel queria empajar, con el objeto de conservarla.

Tambien Sir Ricardo satisfizo el suyo de comer huevos, pues Mingo, tanteando con un palo la costra de sal, pudo llegar á los nidos, cogió los huevos que habia en algunos de ellos y los llevó al campamento, entregándolos al cocinero.

Este hizo con ellos y unas magras de jamon una succulenta tortilla, que pareció á todos exquisita, si bien algo fuerte para estómagos delicados.

Despues de cenar, el doctor se sentó cerca de la hoguera y se puso á desollar su flamenco para guardar la piel. Aurora no se separó de su lado.

En tanto, los mozos armaban una tienda de campaña, destinada á abrigar á los viajeros durante la noche.

Paco, que este era el nombre del marino, se fué á la orilla del lago, vagó un momento por entre los zarzales, y al fin se sentó sobre un ribazo, contemplando las estrellas mientras fumaba un cigarro.

Aunque no habia aparecido la luna, el resplandor de las constelaciones australes volvia la noche casi luminosa. Complaciase el joven en la lectura del gran libro



del firmamento, siempre abierto y siempre interesante para quien sabe comprenderlo, y se ocupaba más de las cosas del cielo que de las de la tierra, cuando le sacó de su arrobamiento una mano que se apoyó ligeramente sobre su espalda.

El jóven volvió la cabeza: era Carmen, que le miraba sonriendo.

—Hace un minutó que he llegado y ni siquiera habeis sentido mis pasos,—dijo la niña;—¿en qué pensábais tan profundamente?

—Hay momentos en la vida en que es imposible ocultar lo que siente el corazón: la lengua quiere mentir y no puede. Pacó se hallaba en uno de esos momentos.

—Pensaba en vos,—contestó después de una ligera vacilacion.

—¡En mí!—exclamó la niña, cuyos ojos brillaron de gozó y cuyas mejillas se cubrieron con las rojas tintas del rubor.

—Si, Carmen; ¿por qué ocultarlo? Sois mi pensamiento constante, mi único pensamiento, más bien: antes de conoceros ya pensaba en vos, ya os veía en mis sueños, pura, hermosa, fantástica como una ilusion.

—¡Oh! ¡Paco!...—exclamó con voz trémula la niña. El marino asíó con la más exquisita dulzura una de sus manos, la hizo sentar á su lado, y continuó:

—¿Os parece mentira, Carmen? Mirad: yo creí en los presentimientos; yo esperaba encontraros algun dia, y mis presentimientos se han realizado. ¡Cuántas veces, Carmen, sentado en la toldilla de mi buque, en el silencio de una noche serena, dejando vagar mis miradas por



la tranquila superficie del mar ó por la estrellada bóveda del cielo, he creído ver vuestra imagen en la blanca nubecilla que desaparecía en el horizonte ó en la brillante espuma de la estela de mi fragata! ¡No había oído nunca vuestra voz y ya me parecía escucharla mezclada con el murmullo de las brisas ó el gemido de las olas! ¡No os conocía, y... perdonad que os lo diga, ya os adoraba!.. me

Cármén no contestó y bajó la cabeza.

El marino continuó: —Cuando os encontré al llegar á Buenos Aires, sentí un placer inefable y una tristeza inmensa. ¡Erais vos, vos, la niña angelical que, como un rayo de luz divina, se había presentado por un momento á mis ojos en Nueva York; vos, la realizacion de mis esperanzas, de mis ensueños, de mis ilusiones; vos, en fin, el objeto de todo mi amor, de toda mi adoracion, de toda mi ternura! Pero vos, hermosa, rica, elegante, distinguida...

—¡Oh! ¡Paco! —exclamó la niña alzando los ojos y fijando en el marino una mirada de tierna reconvencion.

—¿Comprendeis mi dolor, Cármén? ¿Comprendeis mi tormento? Os encuentro, al fin; os hablo, estrecho vuestra mano... y tengo que callar, tengo que ocultar el tesoro de amor que arde en mi pecho... porque un pobre gusano como yo no puede elevarse hasta un ángel glorioso como vos!

El marino calló é inclinó la cabeza.

Cármén permanecía silenciosa. Escuchaba al marino y no comprendía sus palabras: solo oía una música dulcísima, que, aun despues de callar Paco, continuaba resonando de una manera grata en su corazon.



—¡Me amais!—murmuró al fin.

—¡Os adoro!—contestó Paco.

La niña volvió á guardar silencio.

El marino soltó su mano, elevó la suya al cielo con solemne ademan y dijo:

—Cármén, no he jurado nunca, porque un juramento me da miedo: me parece que al hacerle tengo á mi lado la sombra de mi madre. Pues bien... os juro que si no me amais, moriré. Con una palabra, con un solo ademan, podeis, Cármén, decidir mi suerte... Cármén, mirad: hé aquí mi mano, que solo espera la vuestra.

Y el capitán, con un movimiento lleno de nobleza, presentó su diestra á la niña.

Esta no contestó; pero dejó caer su mano en la del marino y por sus labios vagó una dulcísima sonrisa.

—¡Oh! ¿Luego, me amais?—exclamó loco de felicidad Paco.

—Pues qué, ¿no lo sabíais?—murmuró la niña ocultando en el pecho del capitán su frente enrojecida por el rubor.

Si los dos jóvenes hubieran estado menos abstraídos con su amor, habrían podido oír á poca distancia un leve rechinamiento de dientes, al que siguió un rumor parecido al que produce una serpiente arrastrándose entre la yerba, y habrían visto, poco despues, una sombra negra deslizándose con el mayor silencio por un ribazo cercano. Nadá notaron, sin embargo, y solo la voz de Aurora, que llamaba á su hermana, pudo sacarlos de su éxtasis amoroso.



espaldas, tenían sus lechos, y Paco y el doctor se disponían a meterse en la tienda.

En aquel momento, cada cual por opuesto camino, llegaban al campamento el grancho y el patagón.

El primero echó una ojeada á los caudales, que pastaban trinchados en la llanura, y tocándole el primer turno de guardia, fue á sentarse al lado de la hoguera.

Los dos amigos (1) entraron en la

### CAPÍTULO III.

#### Un traidor.

Los dos jóvenes volvieron al campamento, encontrando en el camino á Mingo, que, tendido en el suelo, parecía examinar las orillas del lago.

—¿Esperas caza?—preguntó el marino.

Mingo hizo sonriendo una señal afirmativa y volvió á su inmovilidad.

Cármén y el capitán se reunieron á sus compañeros.

—¿Dónde habeis estado?—preguntó Aurora.

—Paseando por la márgen del lago,—contestó Paco;—la costra salina produce, con la luz de las estrellas, un efecto bellissimo, y nos hemos entretenido contemplándolo.

—Pero es necesario descansar, son cerca de las once...

—Cuando quieras,—contestó Cármén.

Las dos jóvenes subieron á su galera, donde, como ya



sabemos, tenían sus lechos, y Paco y el doctor se dispusieron á meterse en la tienda.

En aquel momento, cada cual por opuesto camino, llegaban al campamento el gaucho y el patagon.

El primero echó una ojeada á los caballos, que pastaban trabados en la llanura, y tocándole el primer turno de guardia, fué á sentarse al lado de la hoguera.

Los dos amigos y el baqueano (1) entraron en la tienda.

Apenas estuvieron dentro, Mingo cogió las manos de los dos jóvenes, y acercando á ellos su pintorreado semblante, dijo con voz apenas perceptible:

—Entre nosotros hay un traidor.

—¡Un traidor!—murmuró Paco.

—Sí.

—¿Quién?

—El gaucho.

—¡Imposible!

—Cierto.

—Pero, ¿cómo sospechas...

—Por lo que he visto, por lo que he oído.

Y dirigiéndose al capitán, Mingo añadió:

—Guárdate del gaucho.

—¿Yo?—exclamó sorprendido el joven.

—Sí; el gaucho era la caza que yo espiaba esta noche.

—Pero, ¿qué intencion...

—El ojo del indio lee en los corazones,—contestó gra-

(1) Nombre que se da á los guafas en las comarcas argentinas.



vemente Mingo;—el ojo del indio ha visto amor para tí en el alma de la niña, y ha visto en el corazón del gaucho la espina de los celos.

—¡Ah!—exclamó Paco.

—Basta,—dijo el doctor;—todo está explicado: ahora comprendo ciertas particularidades que habia notado en Pedrillo y que antes no comprendia. ¡Gracias, Mingo!

—Pero yo no entiendo una palabra,—repuso Paco.

—Tened paciencia por esta noche, y mañana lo comprendereis todo,—contestó el sábio;—ahora, á dormir. Mingo, fio en tí.

Los dos jóvenes se envolvieron en sus ponchos y se tendieron en el suelo; el patagon los imitó, colocándose de modo que pudiese ver, por la abertura de la tienda, todos los movimientos del gaucho.

Pasó una hora sin que este se moviese de junto á la hoguera. Otro que no fuese Mingo se hubiera cansado de espiar; pero el patagon estaba dotado de la paciencia inagotable de los salvajes, y permaneció inmóvil y alerta.

Al fin, Pedrillo se levantó silenciosamente, se acercó á la tienda y escuchó.

Mingo, colocado en el rincón más oscuro, no podía ser visto por el gaucho.

Sin duda éste juzgó que todo estaba tranquilo por aquel lado, pues se alejó de la tienda, desapareciendo á las miradas del indio.

Dejó éste su escondite, y arrastrándose como una serpiente, salió de entre los lienzos y vió á Pedrillo tomar la silla de su caballo, dirigirse á donde estaba el animal y ensillarle.



— Se marcha, — murmuró Mingo; — ¿qué pensará hacer?

Después que el caballo estuvo corriente, el gaucho le quitó las trabas, le tomó del diestro y se dirigió con él, en el mayor silencio, á la galera de las jóvenes.

Allí se detuvo y volvió á escuchar.

Mingo permanecía inmóvil, pegado á tierra; pero sin separar del gaucho su penetrante mirada.

Al fin, Pedrillo soltó el caballo y puso el pié en el estribo de la galera.

— ¡Ah! — murmuró Mingo, comprendiendo sin duda la intencion del gaucho.

Y de un salto se levantó.

Pedrillo habia alzado las cortinas de la galera, penetrando en el dormitorio de las jóvenes. Un momento después Mingo oyó un grito de espanto, y en el mismo instante el gaucho volvió á aparecer, llevando en sus brazos á Carmen, que pugnaba por desasirse de él.

— ¡Arriba, capitán! — gritó Mingo.

Y lanzándose á Pedrillo, asió á la joven con un vigor sobrehumano y la arrancó de sus brazos, en tanto que los habitantes de la tienda, despiertos por el grito del patagon, se lanzaban fuera, empuñando sus armas.

Pedrillo se vió perdido si daba tiempo á que sus enemigos le apuntasen. Rápido como un rayo, se lanzó sobre su caballo, le apretó las espuelas, y antes que los jóvenes pudieran pensar en atacarle, desapareció rápidamente con direccion al Norte.

— Es inútil perseguirle, no le alcanzaremos, — dijo el patagon, viendo que sus compañeros, pasado el primer



momento de sorpresa, corrian á los caballos para lanzarse en seguimiento del gaucho.

Los jóvenes se detuvieron y Paco y el doctor acudieron á socorrer á Carmen, que aún no habia vuelto de su terror.

Aurora, que habia bajado de la galera, la hizo beber un vaso de agua con algunas gotas de azahar, y la joven se serenó un poco.

Sucedió un turbion de preguntas, sin que Mingo supiese á cuál contestar primero, hasta que Sir Ricardo, más dueño de sí mismo, dijo:

—No nos amontonemos y procedamos con orden: segun he podido comprender, Mingo sospechaba algo de lo que iba á pasar y desconfiaba del gaucho.

—Sí,—contestó Mingo.

—Pues bien; ¿en qué se fundaban tus sospechas?

El patagon, con ese elocuente laconismo de los indios, contestó que desde el primer dia de viaje habia reparado que el gaucho fijaba en Carmen miradas llenas de pasion; que cuando la joven se alejaba con el capitán para dar un paseo por los alrededores de los campamentos, Pedrillo los seguía sin que lo advirtiesen, mirando á Paco con un odio indecible; que estas particularidades le habian obligado á vigilar al gaucho; y, finalmente, que despues de cenar le habia visto dirigirse al sitio donde se hallaban los dos jóvenes, arrojándose al suelo y arrastrándose hasta colocarse á una distancia conveniente para escuchar su conversacion. Temiendo que tuviese malas intenciones, Mingo se habia aproximado, oculto por los zarzales, le habia oido rechinar los dientes, y al fin pudieron llegar á



sus oídos estas palabras, murmuradas por el gaucho cuando se retiraba arrastrándose: «Le mataré, le mataré, y será mía.» Esto le había demostrado que sus sospechas eran ciertas, y queriendo evitar una desgracia, había advertido al doctor y al capitán. Luego relató lo que había visto desde el interior de la tienda, las maniobras del gaucho y su tentativa de rapto; y concluida la narración, se cruzó de brazos.

—¡Ah!—exclamó Cármen;—¡y ese hombre ha comido nuestro pan, ha nacido en nuestra casa, poseía nuestra confianza toda!...

Sir Ricardo, sin prestar atención á las palabras de la niña, dijo:

—Veamos, pues, lo que debemos hacer. Yo creo que Pedrillo, aunque desenmascarado, no desistirá de su intento: la pasión le impele, tiene un carácter de hierro, y es seguro que lo que no ha podido hacer por medio de la astucia, lo intentará por medio de la fuerza.

El guía apoyó con un gesto las palabras del inglés.

—¿Creeis que nos atacará?—preguntó el doctor.

—El solo no,—contestó Mingo;—pero se pondrá de acuerdo con los *gauchos rastreadores* de la pradera, y ayudado por ellos, que le secundarán con la esperanza del robo, puede hacer alguna tentativa.

—Afortunadamente,—dijo Paco,—somos bastante numerosos y estamos bien armados.

—Sin embargo,—observó el inglés,—podemos ser víctimas de una sorpresa: esos pillastres son traidores como la serpiente y astutos como la zorra: debemos vivir muy prevenidos.



—Tal creo,—dijo el doctor;—así, pues, que trace Mingo nuestro plan de conducta, y nos ceñiremos á sus instrucciones.

El patagon se cruzó de brazos, permaneció un momento pensativo, y al fin dijo:

—El peligro solo nos amenaza durante la noche; á esta hora es cuando debemos redoblar nuestras precauciones. Somos diez, y en vez de quedarse en vela uno, debemos quedarnos tres, no al lado de las galeras, como hasta aquí, sino á cierta distancia, formando un círculo alrededor del campamento: de esta manera no podemos ser sorprendidos. Debemos tambien cuidar del ganado, para evitar que se aleje y que alguno de nuestros animales caiga en poder de nuestro enemigo; así, pues, en vez de trabar los caballos y las mulas, dejándolos en libertad, se los atará á las galeras, y de este modo los tendremos á la mano en caso de un ataque.

El inglés y Paco hicieron una señal de asentimiento, y el doctor dijo:

—Se aprueba el programa: dividámonos en tres tandas y nos relevaremos de dos en dos horas.

Hizose la division, tocando el primer turno de guardia á Paco, con el negro y el marinero; el segundo al doctor, con dos mozos, y el tercero á Sir Ricardo, con los otros dos granjeros. Mingo, que, á fuer de guía y de indio, velaba siempre, quedó exceptuado de la guardia.

Se fueron á buscar los caballos y las mulas, dispersos alrededor del campamento, se les quitaron las trabas y se ataron con fuertes ronzales á las ruedas de las galeras; se alimentó el fuego con nuevo combustible y se montó la



guardia, formando un triángulo equilátero, cuyo centro ocupaban las galeras, colocándose en los vértices los centinelas.

Estos, con la carabina en la mano, sentados ó echados en el suelo, debían inspeccionar la llanura, haciendo fuego al menor indicio de ataque y replegándose en seguida al campamento.

Arreglado ya todo, las dos jóvenes volvieron á su vehículo; Paco y sus dos compañeros se colocaron en sus puestos, y el resto de los expedicionarios volvió á meterse en la tienda.



#### CAPÍTULO IV.

##### Un indio herido.

Pasó la noche sin que ocurriese el menor contratiempo, y á las cinco de la mañana, despues de almorzar una pepitoria de flamenco, la caravana se puso en marcha, dirigiéndose al Oeste.

Mingo marchaba delante, en conversacion con Paco, cuando el capitan le vió detenerse y escuchar con atencion.

—¿Qué es eso?—le preguntó sorprendido.

El indio no contestó; pero se arrojó de su caballo y aplicó el oido al suelo, permaneciendo en esta posicion durante algunos segundos.

Al fin se levantó, y tendiendo el brazo hácia el Noroeste, dijo:

—Allí han muerto ó herido á alguno; todo lo más, á la distancia de una milla.

En la direccion indicada por el baqueano el terreno presentaba algunas ondulaciones, leves accidentes que



no podían llamarse colinas, pero que alteraban la monotonía de la llanura.

—¿Allí?—preguntó Paco tendiendo su brazo hacia ellas.

—Sí; he oído primero un grito de dolor y luego el galope de algunos caballos que se alejaban hacia el Norte.

El doctor se unió á ellos en aquel momento y se enteró de lo que ocurría.

—Dirijámonos hacia allá,—dijo;—pero vayamos prevenidos.

Encaminóse la caravana al sitio indicado por el patagon, y éste se adelantó para explorar el terreno. Los viajeros le vieron desaparecer tras la primera de aquellas ondulaciones, y dispuestos á todo, prepararon sus armas. Nada vieron, sin embargo, que pudiera ponerlos en cuidado; llegaron al pié de la colina, la rodearon, y á poca distancia vieron al baqueano inclinado sobre una forma negra que parecía un cadáver.

Reuniéronse á él y vieron que se trataba de un hombre herido: era un indio de la falda de los Andes.

El doctor se apeó y le examinó: tenía la cabeza abierta por efecto de una pedrada.

El herido estaba desmayado: el doctor hizo que Tom le llevase un poco de agua, lavó la herida, que no parecía de gravedad, y derramó algunas gotas entre los labios del paciente.

Por efecto, sin duda, de la frescura del agua, éste volvió en sí y fijó en los viajeros una mirada extraña, que luego, al verse objeto de dulces atenciones, se fué modifi-



cando hasta dejar ver una tranquila expresion de reconocimiento.

El médico tomó del botiquin de viaje un frasco de árnica, hilas y vendas, y ayudado por Aurora y Cármen, que habian descendido de la galera, colocó un apósito sobre la herida del descalabrado indígena y le vendó la cabeza.

—¿Es grave la herida?—preguntó Cármen.

—No; por otra parte, estos hombres son robustos como encinas, y antes de tres dias estará bueno y fuerte.

Al escuchar estas palabras, el indio dejó ver en sus lábios una tranquila sonrisa, cogió una mano del doctor, la estrechó sobre su ancho pecho, y murmuró en español:

—Gracias.

Aquel indígena era tan alto como Mingo y llevaba un traje muy parecido al del patagon: tenia el color aceitunado, la frente ancha y combada, las formas atléticas y las facciones algo afeminadas; el doctor, muy versado en antropología, adivinó su origen, intermedio entre la raza araucana y la de las Pampas.

—¿Quién os ha puesto así?—le preguntó.

—Una banda de rastreadores,—contestó el herido.

—¿Indios?

—No; gauchos.

—¿Y con qué objeto os han atacado?

—Para robarme: soy guia de la pradera, he conducido al Cármen una caravana y regresaba á mi toldería; los rastreadores me han atacado á traicion, una pedrada me ha derribado, y mehan robado el dinero que llevaba.



—¡Pobre hombre! —dijeron las jóvenes.

—¿Cómo os llamais? —le preguntó Paco.

—Meli-Antú (1).

—¿Y dónde teneis vuestra tolderia?

—A la otra parte del Colorado, en el lago Beberedo.

El doctor hizo que Tom, que así se llamaba el negro, arreglase una especie de lecho para el herido en la trasera de la carreta de los equipajes, y cumplido su encargo se trasladó á ella al indígena; las jóvenes le hicieron tomar una bebida confortante, y poco despues Tom anunció que dormia.

Continuó el viaje con lentitud, y al medio dia los viajeros hicieron alto al abrigo de unos matorrales de curramammel. Sirvióse la comida, compuesta de un salmorejo de codornices cazadas por Sir Ricardo, jamon frito con huevos de flamenco y carne de cerdo fiambre, y el doctor, despues de reconocer al herido, le dijo:

—Amigo Meli-Antú, lo que vos necesitais, más que medicinas, es comer bien; así, pues, acompañadnos.

El indio tomó asiento en el suelo bajo un chaparro, y á pesar de la herida, comió con tan buen apetito que sus anfitriones temieron quedarse á media miel.

El capitan le ofreció un vaso de vino, que era, segun él, la mejor medicina que puede darse á un enfermo, y el indígena lo bebió con indecible gusto. Se le hicieron algunas preguntas respecto á su pueblo, sus costumbres y sus medios de existencia, contestando á todas con agrado

---

(1) Frase araucana que significa *Cuatro soles*.



y benevolencia, y despues de tomar café se continuó la marcha.

A las cuatro de la tarde se vió á poca distancia una manada de caballos salvajes, entre los cuales notó el doctor corceles de primer órden. Mingo se ofreció á apoderarse del que le designasen; y habiendo indicado Cármen una bellissima potra blanca como la nieve, el patagon previno sus bolas y su lazo, se dirigió lentamente á la manada, que pastaba con la mayor tranquilidad, y cuando estuvo á cierta distancia, habiendo ya inspirado sospechas á algunos de aquellos animales, que enderazaban las orejas y se preparaban á huir, lanzó su caballo á galope en línea recta y con la vista fija en su caza.

La manada entera salió á escape. Paco y el doctor, que querian presenciar la caza, siguieron á Mingo, y no tardaron en ver que el magnífico corcel del patagon ganaba terreno sobre los fugitivos; pronto algunos de éstos se desbandaron, sin que el guia parase su atencion en ellos: al fin, la potra designada por Cármen, siguiendo á otros, se separó del grupo; Mingo se dirigió á ella con la rapidez del rayo, y á una distancia de cien pasos hizo girar las bolas sobre su cabeza, las lanzó, y el animal, cuyas piernas fueron sujetas repentinamente, rodó por tierra.

Mingo, que iba ya prevenido de una larga y fuerte cuerda de cuero trenzada, corrió á la potra, se arrojó del caballo, la sujetó perfectamente, haciendo con su larga brida una especie de cabezada, la desembarazó de las bolas y con una agilidad maravillosa saltó sobre su lomo. El animal resistia, se encabritaba, hasta llegó á revol-



carse por la tierra, sin poder desembarazarse de su poderoso ginete; arroyos de sudor surcaban su piel, blanca espuma orlaba su boca, sus narices se dilataban y deprimían precipitadamente, y al fin se confesó vencida, dejando de resistir. Entonces el patagon la dirigió hácia las carretas, se arrojó á tierra, la hizo algunas caricias y la ató á la trasera de una galera. Luego volvió á cabalgar en su negro corcel, y como si nada hubiera hecho, se colocó friamente á la cabeza de la caravana.

Las dos jóvenes y sus amigos admiraron sin reserva aquel hermoso animal; y el inglés, que era muy inteligente, declaró que no tenía defecto alguno. Meli-Antú apoyó este aserto, y Carmen no pudo menos de dar las gracias á Mingo por su galantería.

Es un hecho muy curioso que el caballo, considerado generalmente como el compañero habitual del hombre, es, de todos los animales, cuando está en estado salvaje, el que más teme nuestra presencia. Se diría que adivina que el hombre tiene necesidad de sus servicios y trata de arrebatárle su libertad.

A las seis de la tarde la caravana se detuvo en las márgenes del *Ure Lamquen* (1), llamado así por los indios á causa de la salobridad de sus aguas.

Apenas se apearon, el doctor dió un golpe maestro, que le valió las felicitaciones de todos sus compañeros: vió salir de un matorral un animal del tamaño de un cochino no muy grande, cubierto de cerdas rudas casi negras, de orejas cortas, boca grande, guarnecida por dos

(1) Frase araucana que significa *Lago amargo*.



agudos colmillos, que le daban un aspecto amenazador, sin cola y con los labios blancos. Su cabeza, su hocico y la forma de sus pezuñas le hacian muy semejante á un cerdo, y era, en efecto, un *pécari* ó cochino salvaje de América. La aproximacion de la caravana le habia hecho abandonar su guarida; pero una bala de la carabina del doctor le alcanzó en su fuga, y el *pécari* cayó lanzando un lúgubre chillido.

El doctor se apeó, corrió á él, sacó su machete, y abriendo la grupa del animal, le sacó una pequeña glándula que tenia bajo la piel. Luego entregó su caza á Tom, diciendo con acento alegre:

—Esta noche nos esperan unas magníficas chuletas.

—¿De ese animal?—preguntó Paco.

—Sí; su carne es exquisita y reemplaza ventajosamente á la del cerdo, aunque por el sabor se parece más á la de la liebre.

—¿Y qué es lo que le habeis quitado de la grupa?—preguntó Aurora.

—Una glándula que, si se deja pasar algun tiempo, da á la carne un fuerte olor de almizcle, volviéndola repugnante; cuando se le quita apenas muerto, nada se nota y la carne es excelente. Os seguro que esta noche quedareis satisfechos de mi caza.

En tanto, Tom desollaba, ó por mejor decir, afeitaba al animal, lo descuartizaba y preparaba los solomillos para asarlos, colgando el resto en la cubierta de su galera para que se conservase.

Las viajeras y sus tres compañeros recorrieron las



orillas del lago, en el cual desembocaba un arroyo cuyas aguas probó el doctor, encontrándolas excelentes. Se habló un poco del gaucho y otro poco de los indios, y esto dió lugar á una proposicion de Sir Ricardo.

—¿No tendríais gusto,—preguntó al doctor,— en estudiar algunas costumbres particulares de los indígenas?

—Sí por cierto,—contestó D. Antonio, que así se llamaba el sábio.

—Pues ahora se nos presenta una magnífica ocasion de satisfacer ese deseo sin exponernos mucho.

—¿Cómo?

—Haciendo que Meli-Autú nos conduzca á su tolde-ria: ese indio está agradecido á nuestros favores, parece hombre de bien, y no creo que sea capaz de jugaros una mala partida. Además, lleváis algunos objetos que nos pueden granjear las simpatías de sus compatriotas...

—Es una buena idea,—dijo Aurora.

—Excelente,—apoyó Paco.

—Entonces, doctor,—añadió Carmen,—estais en el caso de hablar del asunto con ese interesante indígena; solo os ruego una cosa.

—¿Qué?

—Que consulteis antes á Mingo; él nos dirá si hay ó no peligro.

—Se hará como deseais,—contestó el doctor.

Volvieron al campamento: el geógrafo llamó aparte á Mingo, le dijo algunas palabras y se vió que el patagon hacia con la cabeza algunas señales afirmativas.

D. Antonio volvió al lado de las jóvenes.

—¿Qué dice Mingo?—preguntó Aurora.



—Aprueba nuestra idea: los compatriotas de Meli-Antú son pacíficos y hospitalarios, y asegura que nada debemos temer de ellos. Así, pues, esta noche haré la proposición al indio: ahora voy á reconocer su herida.

Meli-Antú dormía tendido sobre el lienzo de la tienda; pero como el sueño de los indios es tanto ó más ligero que el de las liebres, el ruido que hizo el sábio al acercarse á la galera fué bastante para despertarle. Se incorporó, y al ver á su médico, plegó sus grandes lábios una tranquila sonrisa.

—¿Qué tal os sentís?—le preguntó D. Antonio.

—Mejor; muchas gracias,—contestó el indio.

—Bajad; es necesario mudaros el vendaje.

El herido descendió de la carreta y puso su cabeza en manos del doctor, que levantó el apósito y reconoció la herida; no habia indicios de inflamacion ni supuracion; la descalabradura presentaba buena cara, y el médico se contentó con poner otros paños de árnica, diciendo:

—Estos malditos son de hierro: si un europeo, por fuerte que fuese, hubiera recibido esta pedrada, habria ido á contarle al otro mundo.

Concluida la cura, Tom anunció que estaba servida la cena.

—Vamos á probar las chuletas de pécarí, —dijo Carmen.

Este fué, en efecto, el primer plato que presentó Tom: su apetitoso aroma hizo afilar los dientes á los viajeros, y despues de probarlo, el pécarí fué declarado digno de los mayores elogios, gastronómicamente considerado.

—Tambien es, —dijo el sábio, —digno de consideracion



por su valor; es tal vez el único cuadrúpedo de América que no huye delante del jaguar, y cuando se reúnen en buen número, el feroz felino tiene que cederles el campo para salvarse de sus dentelladas.

Algo más se habló del pécarí y de otros animales análogos, dando los dos indios algunas noticias desconocidas para nuestros amigos; y cuando se sirvió el café, D. Antonio hizo á Meli-Antú la proposición de ir á su toldería.

El indio dejó ver en su aceitinado semblante una expresión de franca alegría y contestó: —

—Los hermanos de Meli-Antú recibirán con alegría á sus bienhechores de piel blanca. Id á la toldería: los hermanos de Meli-Antú son agradecidos y hospitalarios y pondrán vuestra mano sobre su pecho.

—¿Dónde está situada vuestra toldería?— preguntó Cármen.

—En la márgen del lago Beberedo, á la otra parte del río Colorado,—contestó el indio.

—Entonces,—dijo el doctor,—está entre el Colorado y el Diamante.

—Sí.

—Perfectamente. Continuaremos, pues, nuestra ruta acostumbrada hasta el Colorado, lo pasaremos y luego subiremos por la orilla opuesta hasta encontrar la toldería.

Nadie hizo objeciones á este programa: la conversación se prolongó durante dos horas, y á las diez el ganado fué sujeto á las carretas, se montó la guardia como la noche anterior y los viajeros se entregaron al descanso.



Las jornadas del 8 y del 9 de Octubre no ofrecieron incidente alguno digno de mencionarse. La pradera habia recobrado su anterior fertilidad, indicando ir en aumento; cruzábanse con frecuencia murmuradores arroyos y esteros cubiertos de plantas acuáticas, y se vieron inmensos rebaños guardados por perros.

—¿A quién pertenecen esós ganados?—preguntó con extrañeza Aurora;—no creo que por aquí existan estancias...

—Son,—contestó el doctor,—de las tribus de indios sedentarios, que hacen con ellos un comercio regularcito; de este modo empieza la civilizacion en los pueblos salvajes: de la cria de ganados pasarán á la agricultura, luego á la fabricacion de ciertos productos sencillos, y al fin, el progreso entrará por completo en estas comarcas, cambiando su carácter y abriéndolas al movimiento y á la vida de los pueblos modernos.

Estas palabras fueron, por decirlo así, el preámbulo de un magnífico discurso sobre la influencia de la civilizacion en los pueblos salvajes, que agradó á todos muchísimo. Hasta pareció que Mingo y su compatriota le escuchaban con interés, lo cual era una prueba palpable de lo que el doctor queria demostrar.

El dia 10 se continuó el viaje con el ardor acostumbrado. Meli-Antú, cuya herida estaba casi cicatrizada, montaba la potra blanca que Mingo habia regalado á Carmen, y marchaba á vanguardia con el patagon. Se queria pasar aquella tarde el rio Colorado para acampar en la orilla opuesta, y se caminaba con rapidez.

La comida de aquel dia fué realizada con una fruta que



proporcionaron los indios: el *algarrobo*, cuya pulpa azucarada y suave pareció excelente á los viajeros. Con esta pulpa, seca y reducida á polvo, hacen los indios un pan muy nutritivo y sustancioso, que es uno de sus principales recursos.

A las cinco de la tarde se distinguió el río Colorado, llamado así por el color rojizo de sus aguas, debido á la arcilla de su cáuce. Aunque iba algo crecido, por efecto de la licuacion de las nieves, los indios encontraron un vado, y si bien con algun trabajo, pudieron los viajeros atravesarle, acampando en la márgen opuesta.



## CAPÍTULO IV.

## El avestruz americano.

El primer cuidado del doctor fué determinar con exactitud la posición del río Colorado, dibujándolo cuidadosamente en su mapa y alegrándose infinito de que la modificación introducida en el programa del viaje le permitiese estudiar su curso desde el lago Beberedo. El río Colorado, ó *Cobu Leubu*, como le llaman los indios, es el principal de las Pampas y ofrece una particularidad curiosa: por una causa que aún no está bien averiguada, el volúmen de sus aguas disminuye conforme se va acercando al mar; de modo que en su desembocadura, contra la regla general, tiene menos caudal que en la mitad de su curso. Nace en las faldas de los Andes, en la parte meridional de la provincia de Mendoza, entra en la de San Luis, forma con el río Diamante el lago Beberedo, penetra en las Pampas, dirigiéndose al Sur, y luego tuerce al Oeste hasta que desagua en el Atlántico, próximamente



á los 40° de latitud. En él son frecuentes las ayenidas, particularmente en invierno; pero el caudal de sus aguas no disminuye en el verano, por efecto sin duda de que á él van á parar todos los arroyos que se forman en una gran parte de los Andes, en virtud del derretimiento de las nieves.

Nuestros expedicionarios lo habian atravesado por los 36° de latitud; de modo que les faltaban cuatro jornadas para llegar al lago, en cuyas orillas habian resuelto detenerse algunos dias.

Al anochecer, y para celebrar el paso del rio, sirvió Tom una espléndida cena, en la que figuraba un plato de su invencion: un pastel de algarrobo con jamon y pájaros, que le habia costado sudores, pero que fué ensalzado hasta las nubes; el hábil negro recibió las más entusiasmadas felicitaciones y el doctor le ofreció que mencionaria su famoso pastel en la relacion del viaje.

La jornada siguiente fué inaugurada con un hallazgo que no por ser debido exclusivamente á la casualidad agradó menos á nuestros expedicionarios: se trataba de un nido de avestruces, abierto en la arena, y en el cual habia un número considerable de huevos, cuya mayor parte fué á parar á manos de Tom, que prometió hacer con ellos maravillas culinarias.

Vieron tambien, á bastante distancia, los dueños del nido; pero no se trató de darles caza, porque nuestros amigos habian resuelto intentar, durante su permanencia entre los indios, una cacería de avestruces.

Las viajeras hicieron que el doctor les diera algunas noticias acerca de estos interesantes animales, y el jó-



ven, sabio satisfizo su curiosidad de la manera siguiente:  
—El avestruz americano, llamado comunmente *nandú*, es un ave muy parecida al avestruz de Africa, aunque no alcanza tan gran tamaño: tiene hasta seis pies de alto, la cabeza pequeña, el cuello largo y el pico aplastado, como todos los animales de su especie; su cuerpo es ovalado, y cuando tiene todas las plumas aparece casi redondo; sus alas son muy cortas é inútiles para volar; su plumaje es generalmente gris, con el vientre blanco, y tiene en el dorso algunas largas plumas que, cayéndole por detrás, forman una especie de cola; sus zancas son larguísimas y rematadas por tres dedos dirigidos hácia delante, puesto que no puede considerarse como tal un corto túberculo caloso y redondeado situado atrás y sobre el cual descansa el pié como sobre un talon. Los machos son polígamos, teniendo desde dos hasta seis hembras, que ponen cada una de doce á diez y seis huevos. El nido, como acabamos de ver, está sencillamente cavado en la arena y tiene poco más ó menos un metro de diámetro. Si el macho juzga que los huevos son excesivos, saca algunos del nido y los deja hasta que se pudren; entonces, y cuando los polluelos han salido ya del cascáron, rompe uno de ellos, cuyo olor corrompido atrae multitud de escarabajos, moscas y otros insectos, de que se alimentan las crías, haciendo otro tanto con los demás luego que, consumido el primero, empieza á faltar la provision que atraía. Este hecho, que refiere el naturalista Mierenberg, es, sin embargo, muy dudoso, y por mi parte no me atrevo á prestarle entero crédito. Los huevos están colocados de punta y agrupados, pudiendo el ave empollar



de treinta á cuarenta; el macho toma parte en los trabajos de incubacion, correspondiéndole el turno por la noche; una de las hembras le reemplaza al amanecer, relevándose alternativamente, y cuando el calor aprieta se alejan del nido, abandonando los huevos á los rayos del sol: la incubacion dura de treinta á cuarenta dias. Los pollitos salen del cascaron perfectamente desarrollados, y al dia siguiente ó á los dos dias de su nacimiento abandonan el nido y van con sus padres en busca del alimento; tienen entonces el tamaño de una gallina. Los padres demuestran una gran solicitud por su pollada; y si se aproxima un enemigo, la hembra que está encargada de dirigir la pollada hace toda clase de esfuerzos por atraer sobre sí todo el peligro: figura que está herida, arrastra una pata, tropieza y cae á cada paso, mientras el macho lleva los pequeñuelos en direccion opuesta. El ánade salvaje y algunas otras aves emplean la misma estratagemas para salvar la pollada. El ñandú es, segun dicen, el más rápido de todos los animales, aunque hay algunas personas que manifiestan dudas respecto de este particular. Lo cierto es que un buen ginete, por veloz que sea su caballo, no puede dar alcance al ñandú siguiéndole la pista, viéndose obligado á cortarle en línea recta las curvas que describe, á fin de tirarle al paso: este animal tiene tanta resistencia como velocidad, y aun los indios de las Pampas, cuyos caballos parecen tener alas, confiesan que es muy difícil forzarlo. Por consecuencia de la estructura particular de sus piés, se sostiene difícilmente en terrenos resbaladizos; pero, en cambio, corre con una facilidad y una rapidez maravillosa en campo llano, extendiendo las



alas para que le sirvan de balancin, pues le seria imposible franquear un metro al vuelo: su carrera no es nunca recta, sino formando grandes curvas, de lo que se valen los indios para acercarse á ellos y poderlos cazar tirándoles las bolas. El animal de que tratamos se defiende á coces; pero su principal seguridad consiste en el poder de sus facultades visuales, pues como habita las llanuras completamente descubiertas, su penetrante vista le permite distinguir un enemigo de menos talla que la suya á una distancia en que él no es perceptible. En circunstancias ordinarias el ñandú deja oír un cocleo grave y sonoro; pero cuando está enfurecido ruge como un leon, y si está herido y se le acosa silba como un pato encolerizado. El verdadero alimento de este animal se compone de tallos tiernos de los arbustos y matorrales, simientes, insectos y pececillos, que despues de la estacion de las lluvias quedan en las orillas pantanosas de los rios; sin embargo, como tiene muy poco desarrollados los sentidos del gusto y del olfato, engulle tambien las sustancias menos comestibles, como guijarros y pedazos de madera. Como á la mayor parte de los animales salvajes, le gusta extraordinariamente la sal, por cuya razon se le encuentra frecuentemente en bandas numerosas en las cercanías de las salinas que abundan en las Pampas. Su carne es bastante buena cuando el animal es jóven, pues la de los viejos es algo coriácea y tiene un tufillo desagradable. En los territorios habitados por el ñandú hay muchos hombres, la mayor parte indios, dedicados á su caza; su piel es bastante fuerte y sirve para diversos usos, y las plumas de sus alas se



emplean para hacer plumeros y otros utensilios de menaje.

El doctor calló, dando por terminada la lección; pero no contaba con la insaciable curiosidad de Aurora, que le preguntó:

—¿No podría ese animal domesticarse fácilmente?

—Si por cierto;—contestó el sabio,—y muchos granjeros argentinos los tienen en sus corrales; pero es un ave inútil y perjudicial, que introduce en ellos la confusión y la anarquía, estropeando con los pies las aves y engulléndose los polluelos de gallina y de pato, no porque sea carnívoro, sino porque, como he dicho antes, teniendo el gusto completamente nulo, traga todo lo que encuentra, y un pedrusco le parece tan excelente como una fruta.

—Es un hecho de que puedo responder,—repuso Carmen;—el año pasado me llevaron á Tandil uno de esos animales, y en los pocos días que estuvo en el corral estropeó á coces una porción de gallinas y se comió casi todos los pollitos. De modo, que tuve que adoptar la resolución de ponerle en la puerta para que se fuese á donde le diese la gana.

Las palabras de Carmen hicieron asomar una sonrisa á los labios de D. Antonio, que dió por terminada la conferencia, yendo á charlar un rato con los dos indios.



## CAPÍTULO VI.

### El rapto.

La jornada no ofreció otra novedad; la noche se pasó sin accidente alguno, y á la mañana siguiente se continuó la marcha, encaminándose al Norte por la orilla del Colorado.

Se encontraban, si bien con poca frecuencia, algunos árboles, entre ellos el *nandubay*, cuya madera se inflama con pasmosa facilidad, causando algunas veces grandes incendios, y tambien el algarrobo, á cuyas frutas se habian aficionado excesivamente los viajeros.

Faltaba jornada y media para llegar á la toldería de las orillas del lago. El terreno que pisaban nuestros amigos, encerrado entre las corrientes del rio Diamante y del Colorado, presentaba un lujo de vegetacion asombroso, en comparacion con las estériles comarcas que acababan de atravesar, y en aquellas verdes praderas se veian haciendo innumerables ganados guardados por indios á caballo.

Alguno de estos pastores, al percibir la caravana, se



aproximó á ella, contemplando á los viajeros con cierta expresion de curiosidad, y uno ó dos que reconocieron á Meli-Antú le saludaron con un alegre grito, á que contestaba el indio con otro exactamente igual. Aquel dia empezó el doctor sus relaciones con los indígenas, pues habiéndose acercado uno para ofrecer á los viajeros un queso ágrío, Don Antonio se lo cambió por una botella de aguardiente, con la cual se fué el indigena más alegre que un chico con zapatos nuevos.

El tal queso no tenia de bueno más que su cualidad de ser un producto indigena: estaba sumamente ágrío, y las dos jóvenes no hicieron más que probarlo. Paco y el inglés comieron algo más; pero el doctor se tragó una buena parte, en honor de la ciencia, segun decia, y los dos indios dieron fin con él.

—¿No estareis amenazado de un cólico, amigo mio?— preguntó Cármen á su cuñado futuro.

—No por cierto,—contestó el doctor;—recordad que soy médico, y solo esto os probará que tengo un gran cuidado de mi pelleja: no paseis cuidado; aunque hubiera comido doble cantidad de queso no me habria hecho daño. Es un manjar muy bueno, y no comprendo por qué os ha disgustado.

Despues de tomar café se continuó lentamente la marcha, haciendo alto á las cinco de la tarde. Las márgenes del rio eran en aquel punto extremadamente llanas, y presentaban una vegetacion admirable. La caza abundaba, y en menos de una hora mató Paco una docena de perdices y pollas de agua, con las que hizo Tom un delicioso salmorejo.



—¡Qué lástima!—decía el doctor reconociendo la calidad del terreno;—¡qué lástima que este territorio no se abra á la agricultura! Es fertilísimo y las cosechas serian enormes; ¡hé aquí, amigos míos, un capital considerable completamente perdido!

—Tened en cuenta una cosa,—dijo Paco;—este territorio está muy apartado de las poblaciones, no hay en él vía alguna de comunicacion...

—¿Y qué?

—Que por muchos y muy buenos que fuesen sus productos, no pudiendo llevarlos á los mercados...

—Si algun dia,—dijo gravemente el doctor,—llego á ser ministro de Fomento en la República Argentina, ya vereis de qué modo doy movimiento y vida á estas comarcas.

—¿Cómo?—preguntó Cármen.

El doctor sacó de su bolsillo el mapa de las provincias argentinas, lo presentó á sus amigos y dijo:

—De esta manera: seguid con atencion el hilo de mi discurso. En primer lugar, y puesto que la navegacion por vapor es ya un hecho en el rio Paraná, abriria una línea férrea que, desde el Rosario, fuese en línea recta hasta San Luis, y de allí hasta Mendoza, para facilitar el movimiento comercial con Chile; luego estableceria colonias agrícolas y pecuarias en estas comarcas, en la margen Este del lago Beberedo, en toda la parte Norte del Colorado y en la orilla septentrional del rio Diamante; por medio de canales facilitaria en estos dos rios la navegacion de barcos de poco fondo, fundaria una pequeña poblacion en la parte Norte del lago y la uniria con San



Luis por medio de un tramvía; esta población nueva tendría una carretera á Rio Quinto y Mendoza, y con todo esto yo os aseguro que la riqueza se centuplicaria y que esta república llegaría á ser brevemente en la América del Sur lo que son los Estados-Unidos en la América del Norte.

—El proyecto es muy bonito,—dijo Paco;—pero se me ocurre una dificultad.

—Decid.

—¿De dónde sacaríais la población necesaria para la explotación de estas comarcas?

—Hé ahí una dificultad que no me apura,—contestó el doctor;—tengo la seguridad completa de que, apenas se diese á luz este proyecto, Inglaterra perdía la mitad de su población de Irlanda y España se quedaba sin gallegos: cread medios de subsistencia, y no faltará población.

El inglés hizo una señal que demostraba su asentimiento á esta idea; pero Paco no habia agotado la lista de sus observaciones, y despues de un momento de silencio, dijo:

—¿Y cuánto costaría la fundación de esa nueva Jauja?

—Muchos millones,—contestó tranquilamente el doctor.

—¿Y de dónde los sacaríais?

—¡Qué pregunta! ¿Creeis, Paco, que estais hablando con un ministro español? En América nunca falta dinero para realizar un buen proyecto: eso queda para las naciones de la vieja Europa.

El marino no hizo más objeciones.



—De modo,—dijo alegremente Cármen,—que para que nuestra hermosa república se convierta en una verdadera tierra de promision solo es necesario que llegueis á ser ministro de Fomento y Obras públicas?

—Así es, querida.

—Pues bien; os ofrezco mi influencia, y apenas volvamos á Buenos-Aires hablaré de ello á varios amigos.

Con estas bromas concluyó la tarde: Tom presentó los productos de la carabina del capitán, convenientemente aderezados, y despues de cenar, el doctor se ocupó en redactar algunas curiosas notas, y las dos jóvenes, acompañadas por el marino, fueron á dar un paseito por la orilla del agua: Mingo las seguía á poca distancia.

Tanto las viajeras como su galante compañero tuvieron ocasion de quedar sorprendidos al verse en medio de una semi-claridad extraña, producida por una multitud de puntos luminosos que se cruzaban zumbando sobre los arbustos.

—Mirad: fosforencias,—dijo Paco.

—No,—dijo Aurora;—son *cucuyos*.

—¡Cucuyos!

—Sí; unos abejorros luminosos con los que se hacen aderezos muy bonitos: coged uno y lo vereis.

Paco cogió uno de aquellos insectos y pudo ver que Aurora no se engañaba: era una especie de moscardon, de media pulgada de longitud, que tenía en la espalda dos manchas de que provenia la luz.

—Un *tuco-tuco*,—dijo Mingo que se había acercado.

Este es, en efecto, el nombre con que los indios conocen este curioso insecto.



—Se lo llevaremos al doctor,—dijo Paco,—y aumentará con él su coleccion de animaluchos.

Los tres paseantes se reunieron al sábio y Paco puso en sus manos el luminoso insecto.

—Un cucuyo,—dijo el doctor apenas lo vió;—un diamante vivo.

—Así puede llamársele,—dijo Cármen;—pero en esta ocasion no será este su papel, sino otro muy distinto, aunque no menos honroso.

—¡Ah! Eso quiere decir que le destinais á formar parte de nuestra coleccion de insectos.

—Exactamente.

—Bien, muy bien; se le guardará con todo cuidado: mucho me regocija que el sexo bello empiece á interesarse por la ciencia.

Y diciendo esto, el doctor cogió un retazo de papel, envolvió cuidadosamente el insecto y lo guardó en una caja.

En aquel momento se oyó la voz de Mingo, que desde la orilla del rio decia:

—Amo, amo.

—¿Qué querrá Mingo?—preguntó el doctor.

—Vamos á verlo,—dijo el capitan.

Y volvió á la orilla del rio, seguido de todos sus compañeros.

Allí estaban Mingo y Meli-Antú, inclinados hácia el agua, mirando con atencion unas cabecitas como de culebra que á veces aparecian en la superficie.

—¿Qué es eso?—preguntó Paco.

—Tortugas,—contestó á media voz Meli-Antú.



—¡Magnífico plato! ¡bocado de príncipe!—repuso Sir Ricardo.

—Sin el cual os pasareis, amigo mio,—añadió el doctor,—porque no tenemos ningun utensilio de los necesarios para esa pesca.

El inglés hizo un gesto de desagrado.

Meli-Antú, que habia oido las palabras del doctor, se volvió en aquel momento, y dijo:

—Mañana pescaré tortugas.

—¿Tú?—dijo Paco.

—Sí, en el lago; aquellas son más grandes.

Sir Ricardo tuvo que contentarse con la esperanza de pescar tortugas al dia siguiente, ya que por entonces tenia que pasarse sin ellas, y siendo ya las diez de la noche, los viajeros peusaron en el descanso.

Se habia borrado ya el temor de una tentativa de ataque por el gaucho fugitivo, y desde el dia anterior no se ejercia una vigilancia tan severa: la vecindad de los indios pastores inspiraba confianza, y por otra parte, Pedrillo ignoraba la modificacion introducida en el itinerario, y en caso de que intentase algun golpe de mano, indudablemente buscaria á los viajeros en la otra orilla del rio. Mingo y Meli-Antú no se habian mostrado muy conformes con estas razones, expuestas por el capitan y el doctor y apoyadas por las jóvenes; pero los viajeros se habian reido de su desconfianza, y los dos indios tuvieron que ceder.

Se dejó, pues, el ganado en libertad de pacer á su gusto; las dos jóvenes subieron á su ambulante vivienda, el resto de los expedicionarios se metió bajo la tienda y



solo quedó en vela Mingo, sentado junto á la hoguera. A las doce le relevó el capitán, y Mingo se tumbó sobre la yerba para dormir un rato, sometiéndose á la ley comun.

Pasó una hora: el silencio más profundo reinaba en el campamento; las aguas del Colorado corrían sin murmurar, como un río de aceite sobre un lecho de mármol, y se extinguían poco á poco las áscuas de la hoguera, entregando á la silenciosa oscuridad sus últimos resplandores. Paco, sentado en el suelo y con la carabina entre las piernas, miraba melancólicamente las estrellas, y buscaba tal vez en ellas el dulce resplandor de los ojos de su amada.

Aves, brutos y reptiles descansaban de las fatigas del día, y un silencio solemne, el silencio del desierto, reinaba en el inmenso territorio de las Pampas.

Sin embargo, á la una de la mañana el indio se despertó. Sus ojos quedaron inmóviles bajo sus cejas contrahadas, y sus oídos, aplicados á la llanura, trataban evidentemente de sorprender algún rumor imperceptible. ¿Qué temía? El mismo no podía decirlo, y apoyado sobre un codo, con la pupila inmóvil y el oído atento, esperaba los acontecimientos.

Trascurrió media hora: otro que no hubiese sido Mingo, tranquilizado por aquel silencio profundísimo, se hubiera vuelto á echar; pero donde un extranjero nada ha sospechado, los sentidos sobreexcitados y el instinto natural del indio le hacen sentir un peligro próximo.

Mientras él escuchaba y espiaba, Meli-Antú salió



arrastrándose de la tienda, y en el mayor silencio se acercó al guía: los dos indios se comunicaron sus sospechas y sus pensamientos con una mirada, y como justificando su temor, el negro corcel del patagon lanzó en aquel momento un relincho sordo.

Mingo comprendió que su inteligente corcel olfateaba algún enemigo y se preparó á todo: Paco levantó la cabeza, y obedeciendo á una señal del indio, se dirigió á él, arrastrándose por la yerba con el silencio de un reptil.

—¿Hay peligro?—murmuró.

Los dos indios hicieron una imperceptible señal afirmativa y sus miradas indicaron la llanura que se extendía hácia el Oeste.

Lentamente, sin producir el más pequeño rumor, arrastrándose como culebras, ocultos por los matorrales, los dos indios y el capitán avanzaron por la llanura hasta unos doscientos pasos del campamento, sondeando con sus penetrantes miradas las tinieblas y atentos al menor ruido.

De repente se detuvieron: á cierta distancia se movía una sombra entre los matorrales... ¿Era un animal? No; era un hombre, y los perspicaces ojos de Meli-Antú, penetrando las tinieblas, reconocieron en él á uno de los rastreadores que le habían robado.

Un relámpago de furor brilló en las pupilas del indio; pero se contuvo, y la mano que había llevado al mango de su cuchillo permaneció inmóvil, apretándole con fuerza.

Una segunda sombra apareció al lado de la primera, y Mingo, poniendo una mano sobre la carabina del capi-



tan, le indicó que hiciese fuego. Tal como estaba colocado el marino, era imposible que los bandidos le viesen: se incorporó un poco, levantó el cañon de su carabina, apuntó á una de las sombras y disparó.

A la detonacion sucedieron dos gritos: uno de dolor, lanzado por el bandido; otro medio ahogado en la galera de las jóvenes.

Paco se puso en pié de un salto y se volvió como un rayo: á la pálida luz que despedian los últimos resplandores de la hoguera vió saltar de la carreta dos hombres, que llevando á las jóvenes en sus brazos, emprendieron la huida á través de los matorrales.

Los habitantes de la tienda, despiertos por el tiro del capitán, salian en aquel momento empuñando sus armas y pudieron ver la fuga de los raptos.

—No tirar, no tirar,—gritó el doctor temiendo que los proyectiles hirieran á alguna de las jóvenes,—¡á ellos ¡cojámoslos antes que monten á caballo!

—¡Antonio!...—gritó en aquel momento una voz ahogada, que llegó al alma del joven sábio.

Los expedicionarios, con los dos indios á la cabeza, se lanzaron en persecucion de los bandidos, que cargados con sus prisioneras no podian correr con la rapidez necesaria, y en breves minutos consiguieron darles alcance.

—¡Ya son nuestros!—gritó Paco.

El capitán se engañaba, por lo menos, en parte. Uno de los raptos, más fuerte ó más ágil que su compañero, pudo llegar á su caballo, oculto tras un matorral, se lanzó sobre él de un salto y sin soltar su presa, y antes que el joven tuviera tiempo de apuntarle, desapareció á esca-



pe atravesando la llanura. Paco, medio loco, desesperado, hizo fuego; pero su tiro solo sirvió para dejarle ver al bandido, ya á bastante distancia, llevando sobre el arzon el cuerpo desfallecido de Cármen y corriendo con una rapidez maravillosa.

Su compañero, alcanzado por los dos indios, que habian arrancado á Aurora de sus brazos, se defendia con un valor feroz; pero el cuchillo de Mingo le alcanzó en un costado y el bandido cayó profiriendo una maldicion.

Paco y algunos de sus compañeros habian corrido á los caballos para correr tras el raptor de Cármen: Mingo los detuvo.

—Mañana,—dijo.

—Mañana tal vez no será tiempo; no debemos perder un minuto; ese hombre....

—Mañana con la luz del dia seguiremos su pista y le alcanzaremos: yo te lo aseguro,—contestó Mingo.

Sir Ricardo, más reflexivo que el capitán, apoyó la idea del guía, y los viajeros regresaron al campamento.



## CAPÍTULO VII.

### La tolderia.

Como había sospechado Mingo, Pedrillo se había puesto de acuerdo con la primera banda de rastreadores que encontró en su camino, los mismos precisamente que habían robado y herido á Meli-Antú, les había hecho esperar un rico botin con el apresamiento de la caravana, y desde aquel momento seguian las huellas de los expedicionarios, esperando una ocasion oportuna para atacarlos.

Afortunadamente las precauciones adoptadas por Mingo habíanles hasta entonces impedido realizar su proyecto, y á no ser por la excesiva confianza de los jóvenes, es seguro que se hubieran quedado sin conseguir su objeto. Habian esperado la noche á cierta distancia del campamento, aproximándose á él apenas las tinieblas tendieron su negro manto sobre la llanura. Pedrillo, con el intento de alejar al que estuviese en vela, habia apostado dos de sus compañeros hácia la pradera, y en tanto él, acompañado de otro de los bandidos, se habia acercado, deslizán-



dose silenciosamente por la orilla del río, hasta muy corta distancia de las galeras. Desde allí, oculto por los matorrales, pudo ver todas las maniobras de los dos indios y del capitán, y cuando estos, llevados por un rumor casi imperceptible producido por los compañeros del gaucho, avanzaron por la llanura, Pedrillo y su cómplice llegaron silenciosamente á la galera, penetraron en ella sorprendiendo á las jóvenes en su sueño, las taparon la boca ahogando á medias un grito de Aurora, y tomándolas en sus brazos, saltaron á tierra y dieron á huir. Hasta allí su proyecto habia salido bien: Cármen, aterrada al verse en poder del gaucho, se habia desmayado; pero Aurora, más animosa que su hermana, luchaba por desasirse de los brazos de su raptor, impidiéndole correr con la velocidad que el caso requería, y el bandido fué alcanzado y muerto, en tanto que Pedrillo, más dueño de sus movimientos, alcanzaba su caballo y escapaba por la llanura. De los otros dos bandidos, uno habia sido muerto por el tiro del capitán, y el segundo, alcanzado por Meli-Antú, yacía en tierra con una terrible puñalada en el vientre.

Atendióse, antes que á nada, á prestar á Aurora los cuidados que su situación requería: el doctor la hizo beber unas gotas de azahar, y despues que los dos indios la repitieron una y mil veces que la salvacion de Cármen era segura y que respondian de ella, la pobre jóven, tranquilizada en parte, accediendo á las súplicas de sus compañeros, volvió á su lecho.

Acto seguido los tres jóvenes y los dos indios celebraron una especie de consejo á fin de acordar un plan de conducta.



—Que cada cual exponga clara y francamente su opinion,—dijo el doctor;—debemos intentarlo todo, sacrificarlo todo para sacar á Cármen de las garras de ese infame; pero para conseguirlo necesitamos tanto de la prudencia y de la astucia como del valor: de otro modo, podríamos espantar á nuestro enemigo y perder á Cármen para siempre. Habla tú, Mingo.

El indio reflexionó durante un momento y al fin dijo:

—Estamos á cuatro leguas escasas de la toldería, y poniéndonos en camino ahora mismo, llegaremos á ella poco antes de amanecer: allí dejaremos en seguridad á la señora, buscaremos despues la pista del gaucho y la seguiremos hasta encontrarle. Todo este territorio está poblado de indios pastores y es indudable que alguno debe haberle visto: los hermanos de Meli-Antú nos ayudarán y salvaremos á la niña.

El patagon, dichas estas palabras, se cruzó de brazos, y permaneció inmóvil.

—El plan de Mingo no me parece malo,—dijo el doctor;—¿qué piensa de él Meli-Antú?

—Meli-Antú,—respondió gravemente el indigena,—piensa lo mismo que su hermano. Vamos á la toldería; la señora quedará bajo el techo de Meli-Antú, y todos mis hermanos nos ayudarán á salvar á la niña.

—Por mi parte,—dijo el doctor,—me adhiero á ese parecer.

—Es el mejor,—dijo el inglés.

Paco habia caído en una especie de abatimiento, del que le sacó la voz de su amigo.



—¿Qué quereis?—preguntó con tristeza.

—Queremos,—contestó D. Antonio,—que no os dejeis vencer por la desesperacion: Cármen no está perdida, y antes de mucho habrá salido de las manos de su raptor.

El jóven sábio puso á su amigo al corriente de lo acordado, y añadió:

—Vamos á montar á caballo; afortunadamente, la luna empieza á brillar y alumbrará nuestro camino. Al amanecer llegaremos á la toldería...

—Pero se pierde un tiempo precioso,—dijo Paco,—y en tanto, ese hombre...

—Por mucho que quiera avanzar,—repuso el doctor,—embarazado con su presa no puede correr con la velocidad que nosotros. Además, mañana podremos saber hácia dónde ha dirigido sus pasos, en tanto que ahora, por más que tratásemos de alcanzarle, ni siquiera sabemos su direccion.

Paco inclinó la cabeza y no replicó.

—A enganchar, y en marcha,—dijo el doctor.

En un momento fué plegada la tienda y colocada en la galera de los equipajes; se engancharon las mulas, se ensillaron los caballos, y la caravana se puso en marcha.

La luna empezaba á brillar, y su argentada luz extendia una ténue claridad sobre la llanura: esta circunstancia favorecia extraordinariamente á nuestros viajeros.

El doctor miró su reloj: eran las dos de la mañana. A las cuatro amanecia, y poco despues podian estar en las orillas del lago.

Mingo y Meli-Antú marchaban delante, indicando el camino; los viajeros permanecian silenciosos y tristes;



nada se oía, á no ser los pasos de las cabalgaduras y el chirrido de las ruedas de las galeras.

A las tres y media empezó á percibirse en el extremo Oriente esa ténue claridad que anuncia la proximidad del día.

—El alba,—dijo el doctor.

La llanura se animaba, viéndose cruzar por ella innumerables ganados y algunos pastores indios, y poco despues de salir el sol, Meli-Antú, indicando una especie de bosquecillo que se elevaba á media milla de distancia, dijo:

—La toldería.

Los expedicionarios apretaron el paso, y pasados veinte minutos se detuvieron ante las primeras chozas de aquella especie de aldea.

Su llegada produjo en ella una animacion extraordinaria: mujeres y chiquillos salieron de las chozas, fijando en los viajeros miradas llenas de curiosidad, y no tardaron en acercarse algunos indios que saludaron á Meli-Antú con gritos de alegría.

La toldería ocupaba el ángulo saliente que en su márgen derecha forma el rio Colorado al salir del lago Beberedo: allí, bajo cabañas formadas de ramas y bálago, vivian unas cien familias de indios pastores, sometidos á un jefe ó cacique, cuya autoridad era bastante *relativa*. Se ocupaban en la cria de ganados, y poseian rebaños innumerables; pero en las cercanías de la aldea se veian tambien algunos campos de maiz y patatas, lo que demostraba que la agricultura no era completamente desconocida entre aquellos indígenas, y que la civilizacion,



PAINTED

1871

1871



## OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

### A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FÉ.—(Memorias de cuatro pillos) Novela de costumbres por Don Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCHA DE NAVARRA.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.—Por Mr. Eugenio Sue: dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGÑA.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRIMENES.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO Ó LOS FRANCESES EN MADRID.—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MUNDO DESCONOCIDO.—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigricia. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc., etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.—Escrita por D. E. Llofriu y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1873.—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofriu y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MEDICO.—Novela histórica por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOÜ.—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º